

IV Domingo de Pascua, Ciclo A.

Rosalino Dizon Reyes.

Ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas (1 Pe 2, 25)

Fuera de Jesús no hay salvación. Él es la única puerta por la que entramos los hombres para morar con Dios y sale Dios para acampar con nosotros. Solo por Jesús encontramos pastos vivificadores.

Lo mismo afirmó santa Teresa de Ávila, fiel a la enseñanza apostólica. La experiencia la dejó convencida de esto: Jesús es la puerta por la que «hemos de entrar» para penetrar los «grandes secretos» de Dios y por la que «nos vienen todos los bienes». En este camino anduvieron los santos y los grandes contemplativos, y no hay otro. Si no vamos, pues, por este camino, tenemos que cambiar de mentalidad y darnos vuelta.

No somos pocos los ya bautizados con necesidad aún de convertirnos. Todavía no hemos abandonado el camino de intereses propios, para ir a zaga de Jesús y buscar el interés de los demás. No hemos renunciado del todo el sentir mundano, para tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Tenemos razón para tomar en serio lo que dijo el Papa Francisco en la homilía del 29 de abril en Santa Marta.

Según Francisco, renacer de lo alto quiere decir convivir en paz (la cual promueve el perdón, pues el amor lo cubre todo, y prohíbe tanto las luchas internas, doctrinales y de poder, como la envidia y los chismes), dar testimonio de la Resurrección, ser pobre y cuidar a los pobres. Esta visión papal ha de ser nuestra, pero que sea por convicción, y no porque nos conviene dar, exteriormente, un giro de 180 grados, cambiando nuestro estilo de vida por el de Francisco, para engraciarnos con el encargado ahora de las promociones.

Y si el último fuese el caso, entonces seríamos los traidores pésimos, peores que aquellos que, según se informa, no disimulan su desdeñosa oposición al Papa Francisco. Actuaríamos como el ladrón que, en lugar de entrar por la puerta, salta por otra parte, para sacar provecho, arruinando a otros. Para que no nos motivemos por ningún lucro sórdido, tenemos que dejarnos domar por nuestro Pastor.

Jesús adoctrina a los que conviven con él y, sobre todo, les contagia de su forma de ser y su modo de vivir. Los discípulos, a su vez, logran tener conocimiento tan íntimo del Maestro que difícilmente lo confunden con un malévolo que se pasa por

él, teniendo incluso su voz. Al igual que Jesús, hacen todo, desde la mañana hasta la tarde, por cumplir la voluntad de Dios, por citar a san Vicente de Paul, y así demuestran que tienen siempre presente a Dios (XI 213), y a Jesús.

Compenetrados con Cristo y viviendo de la mesa de su cuerpo y su sangre, se hacen concorpóreos y consanguíneos suyos. Como él, se sacrifican por los demás, para que éstos tengan vida abundante.

Con permiso de somos.vicencianos.org